

Dr. Robert Peterson, Teología propiamente dicha, Sesión 5, La Trinidad, Agustín y el Concilio de Constantinopla. Hay un solo Dios

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert A. Peterson y su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 5, La Trinidad, Agustín y el Concilio de Constantinopla. Hay un solo Dios.

Bienvenidos nuevamente a nuestras conferencias sobre la Doctrina de Dios o Teología Propia. Oremos antes de hacer cualquier otra cosa. Padre misericordioso, Hijo y Espíritu Santo, nos inclinamos ante ti.

Reconocemos que sólo tú eres Dios. Nos regocijamos de ocupar nuestro lugar como criaturas tuyas. Reconocemos nuestros pecados.

Glorificamos a nuestro Redentor Cristo y al Espíritu Santo que abrió nuestros corazones al evangelio. Bendícenos y da honor a tu nombre. Oramos por medio de estas conferencias.

En el nombre de Jesús, amén. Ayer mencioné dos veces el nombre de Sibelius. Tuve un bloqueo momentáneo.

Y en lugar de decir algo incorrecto, simplemente no dije nada. Pensé que los oyentes podrían necesitar una aclaración. Y, de hecho, es probable que así sea.

Sibelius, según recuerdo ahora después de buscarlo, es uno de los principales representantes del monarquismo modalista o modalismo, que, como recordarán, es un esfuerzo por enfatizar la unidad de Dios que terminó en una falsa enseñanza al decir que sí, hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, pero que no existen simultáneamente, sino más bien sucesivamente a lo largo de la historia. El único Dios ahora aparece como el Padre en los tiempos del Antiguo Testamento, en los Evangelios, en la vida terrena de Jesús. Aparece como el Hijo, ya no como el Padre.

Eso es lo que quiero decir con sucesivos. Después de Pentecostés, el único Dios aparece sólo como el Espíritu Santo. Esa es una enseñanza falsa porque, en efecto, hay un solo Dios y hay tres que son Dios, pero estos tres son Dios simultáneamente.

Sibelius es un modalista muy famoso . De hecho, tan famoso que otro nombre para el modalismo es sibelianismo . Estamos terminando nuestro estudio, nuestro

reconocimiento histórico, si se quiere, de la doctrina de la Trinidad, y llegamos a la corona de Occidente, que es San Agustín.

Aunque la exposición que hace Agustín de la ortodoxia trinitaria es totalmente bíblica, su concepción de Dios como un ser absoluto, simple e indivisible, que trasciende las categorías, constituye su trasfondo siempre presente. Así, en contraste con la tradición que hizo del Padre su punto de partida, es decir, la tradición oriental, él comienza con la naturaleza divina misma. Es esta naturaleza o esencia simple e inmutable la que él prefiere a la sustancia, pues esta última sugiere un sujeto con atributos, mientras que Dios, para Agustín, es idéntico a sus atributos, que es la Trinidad.

Esta naturaleza o esencia sencilla e inmutable es la Trinidad. La unidad de la Trinidad se sitúa así en primer plano, quedando rigurosamente excluida toda clase de subordinacionismo, afirma Agustín, donde todo lo que se afirma de Dios se afirma igualmente de cada una de las tres personas, puesto que es uno en la misma sustancia que constituye a cada una de ellas. No sólo el Padre no es mayor que el Hijo respecto de la divinidad, sino que el Padre y el Hijo juntos no son mayores que el Espíritu Santo, y ninguna persona de las tres es menor que la Trinidad misma.

Ésta es una doctrina verdadera de una persona, un Dios en tres personas, y tres personas iguales que constituyen el único Dios. De este énfasis en la unicidad de la naturaleza divina se desprenden varios corolarios. En primer lugar, el Padre, el Hijo y el Espíritu no son tres individuos separados de la misma manera que tres seres humanos que pertenecen a un género, la raza humana.

Más bien, cada una de las personas divinas, desde el punto de vista de la sustancia, es idéntica a las demás o a la sustancia divina misma. De esta manera, Dios no es descrito correctamente como Victorino lo había descrito como triple, triplex, una palabra que sugería a Agustín la conjunción de tres individuos, sino como una trinidad, y se puede decir que las personas habitan individualmente o co-heredan unas con otras. En segundo lugar, todo lo que pertenece a la naturaleza divina como tal debe, en rigor del lenguaje, expresarse en singular, ya que esa naturaleza es única.

Como dice el último credo atanasiano, que es agustiniano de cabo a rabo, si bien cada una de las personas es increada, increada, infinita, omnipotente, eterna, etc., no hay tres increados, infinitos, omnipotentes, eternos, etc., sino uno. En tercer lugar, la trinidad posee una acción única e indivisible y una voluntad única. Su operación es inseparable.

En relación con el orden contingente, las tres personas actúan como un solo principio, y como son inseparables, operan inseparablemente. Ésta es una

maravillosa ortodoxia de un hombre brillante que amaba al Señor. En sus propias palabras, donde no hay diferencia de naturalezas, tampoco la hay de voluntades.

Para ilustrar este punto, Agustín sostiene que las teofanías registradas en el Antiguo Testamento no deben considerarse, como tendía a hacerlo la tradición patrística anterior, como apariciones exclusivas del Hijo. A veces pueden atribuirse al Hijo o al Espíritu, a veces al Padre y a veces a los tres. En ocasiones, resulta imposible decidir a cuál de los tres describirlas.

Por último, Agustín se enfrenta a la obvia dificultad que su teoría sugiere: parece borrar los diversos papeles de las tres personas. Su respuesta es que si bien es cierto que el Hijo, a diferencia del Padre, nació, sufrió y resucitó, sigue siendo igualmente cierto que el Padre cooperó con el Hijo para llevar a cabo la Encarnación, la Pasión y la Resurrección.

era conveniente que el Hijo, en virtud de su relación con el Padre, se manifestara y se hiciera visible. En otras palabras, puesto que cada una de las personas posee de modo particular una naturaleza divina, es propio atribuir a cada una de ellas, en el actuar externo de la divinidad, el papel que le corresponde en virtud de su origen. Se trata de lo que los teólogos occidentales posteriores llamarían apropiación.

Esto nos lleva a la distinción de las personas, que Agustín considera fundada en sus relaciones mutuas dentro de la Divinidad. Si bien son idénticas y consideradas como una sustancia divina, el Padre se distingue como Padre porque engendra al Hijo, y el Hijo se distingue como Hijo porque es engendrado. El Espíritu, de manera similar, se distingue del Padre y del Hijo en cuanto que es otorgado por ellos.

Él es su don común, una especie de comunión entre el Padre y el Hijo, o bien el amor que ellos juntos derraman en nuestros corazones. Él es ese amor. Surge entonces la pregunta de qué son, en realidad, los tres.

Agustín reconoce que se trata de personas designadas tradicionalmente, pero está claramente descontento con el término. Probablemente le transmitía una idea de individuos separados. Si al final consiente en adoptar el uso actual es por la necesidad de afirmar la distinción de los tres contra el modalismo.

La fórmula de las tres personas se empleó, dijo, no para que se dijera eso, sino para evitar tener que no decir nada en absoluto. Y con un profundo sentido de la insuficiencia del lenguaje humano. Su propia teoría positiva fue la original y de gran importancia para la historia del trinitarismo occidental: las tres son relaciones reales o subsistentes.

Su motivo al formularla fue escapar de un astuto dilema planteado por los críticos arios. Basándose en el esquema aristotélico de categorías, sostenían que la distinción dentro de la Divinidad, distinciones dentro de la Divinidad si existían, debían clasificarse bajo la categoría de sustancia o de accidente. Esto último estaba fuera de cuestión, ya que Dios no tiene accidentes.

El primero llevó a la conclusión de que las tres son sustancias independientes. Debo aclarar que, para Aristóteles, el gran pensador que, a través de Tomás de Aquino, influyó en su premio de dos semanas, Teología medieval occidental, distinguía entre sustancia y accidentes. La sustancia de este púlpito es su esencia.

Participa de la sustancia del púlpito, de la esencia del púlpito, de aquello que hace que un púlpito sea un púlpito. Los accidentes de este púlpito son su forma precisa, su color, su peso, etcétera, ¿no es así? Pero un pez no participa de la esencia del púlpito, ¿no es así? Ni siquiera una silla participa, y podríamos debatir qué es exactamente lo que participa, pero entiendan que la esencia o sustancia es lo que es esencial para algo, y los accidentes no son esenciales. Son las características que califican esa esencia o sustancia.

Sí, estamos hablando del trasfondo de la concepción católica romana de la misa, que es una transustanciación, es decir, un cambio en la esencia del pan y del vino, de modo que se convierten espiritualmente en el mismo cuerpo y sangre de Cristo. Los accidentes, el pan y el vino ante nuestros ojos, y que tocamos y consumimos, no cambian, pero milagrosamente e invisiblemente, cambia la esencia, la sustancia, por así decirlo. Esa es la doctrina católica romana, que no apoyo, pero simplemente estoy explicando la distinción aristotélica entre esencia o sustancia y accidentes.

Los arios de Wiley pensaban que tenían a los ortodoxos en la mira con este asunto. Si las personas, si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo existen, tienen que ser sustancias o accidentes. Eso es todo.

No puede haber accidentes. Dios no tiene accidentes. Él es Dios.

Si se dice que son sustancias, se llega a la conclusión de que hay tres sustancias independientes, lo que a los arios les suena a triteísmo, politeísmo y dioses múltiples. Agustín rechaza a ambos autonomistas, señalando que el concepto de relación sigue vigente. Las tres, continúa afirmando, son relaciones tan reales y eternas como los factores de engendrar, ser engendrado y proceder, o ser otorgado dentro de la Deidad que les dio origen, que les dan origen.

Padre, Hijo y Espíritu son, pues, relaciones en el sentido de que, cualquiera que sea cada uno de ellos, lo es en relación con uno o ambos de los otros. Ninguno de ellos es un individuo separado. Son parte de la trinidad de la Deidad.

Para la gente moderna, a menos que esté instruida en filosofía técnica, la noción de relaciones, por encima, a la derecha, mayor que, etc., como si tuvieran una sustancia real suena extraña, aunque normalmente están dispuestos a considerar su objetividad, es decir, que existen por derecho propio, independientemente del observador. Para Agustín, era más familiar, pues tanto Plotino como Porfirio la habían enseñado. La ventaja de la teoría desde su punto de vista era que, al permitirle hablar con sentido sobre Dios en un nuevo nivel de lenguaje, hacía posible afirmar simultáneamente la unidad y pluralidad de la deidad sin caer en la paradoja.

En tercer lugar, Agustín siempre se quedó perplejo al tratar de explicar en qué consiste la procesión del Espíritu o en qué se diferencia de la generación del Hijo. Sin embargo, estaba seguro de que el Espíritu es el amor mutuo del Padre y del Hijo, el vínculo consustancial que los une. Por lo tanto, su enseñanza constante fue que él es el Espíritu de ambos por igual, como él lo expresó.

El Espíritu Santo no es el Espíritu de uno de ellos, sino de ambos. El Espíritu Santo no lo es. Por eso, él creía que era la clara revelación de las Escrituras.

Así, en relación con el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo forman un solo principio, inevitablemente, puesto que la relación de ambos con él es idéntica, y donde no hay diferencia de relación, su operación es inseparable. Por eso Agustín, de manera más inequívoca que cualquiera de los Padres occidentales anteriores, enseñó la doctrina de la doble procesión del Espíritu desde el Padre y el Hijo, filioque en latín, filio, hijo, quae y. La importante cláusula filioque fue una de las cosas que separaron a Oriente de Occidente.

Oriente lo rechazó. Recuerden, su énfasis en el punto de partida y en el Padre como la Divinidad. No estoy diciendo que los Padres de Oriente y Occidente sean heterodoxos.

Yo digo que lo hicieron de otra manera. Respondiendo a la objeción de que, puesto que tanto el Hijo como el Espíritu derivan del Padre, debería haber dos Hijos, afirmó que el Hijo es del Padre, el Espíritu también es del Padre, pero el primero es engendrado, el segundo procede. Así que el primero es Hijo del Padre, de quien es engendrado, pero el segundo es Espíritu tanto del Padre como del Hijo, puesto que procede de ambos.

El Padre es el autor de la procesión del Espíritu porque engendró a tal Hijo, y al engendrarlo lo convirtió también en la fuente de la que procede el Espíritu. El punto es que, dado que el Padre ha dado todo lo que tiene al Hijo, le ha dado el poder de otorgar el Espíritu. No debe inferirse, nos advierte, que el Espíritu tenga, por lo tanto, dos fuentes o principios.

Por el contrario, la acción del Padre y del Hijo al otorgar el Espíritu es común, como lo es la acción de las tres personas en la creación. Además, a pesar de la doble procesión, el Padre sigue siendo la fuente primordial, en cuanto que es de él de quien el Hijo deriva su capacidad para otorgar el Espíritu. Continuamos con este tipo de cosas hablando de la primera, la segunda y la tercera persona.

Afirmamos la unidad, afirmamos la igualdad, pero damos al Padre una especie de primacía dentro de la Santísima Trinidad, como diría que hace la Escritura, como veremos. Por último, llegamos a lo que probablemente sea la contribución más original de Agustín a la teología trinitaria, su uso de analogías extraídas de la estructura del alma humana. La función de estas, cabe señalar, no es tanto demostrar que Dios es Trinidad, sino demostrar que Dios es Trinidad.

Según su punto de vista, la Revelación nos proporciona una amplia garantía de ello, de modo que podemos profundizar en el misterio de la unidad absoluta y, sin embargo, la distinción real de los tres. Estrictamente hablando, según Agustín, hay vestigios de la Trinidad en todas partes, pues, en la medida en que las criaturas existen, existen participando de las ideas de Dios. Por lo tanto, todo debe reflejar, aunque sea débilmente, la Trinidad que lo creó.

Pero para encontrar su verdadera imagen, el hombre debe mirarse ante todo a sí mismo. En efecto, la Escritura presenta a Dios diciendo: Hagamos al hombre, es decir, los tres, a nuestra imagen y semejanza. Incluso el hombre exterior, es decir, el hombre considerado en su naturaleza sensible, dominado por sus sentidos, ofrece una especie de semejanza con la Trinidad.

El proceso de percepción, por ejemplo, produce tres elementos distintos que están a la vez íntimamente unidos y de los cuales el primero engendra en cierto sentido al segundo, mientras que el tercero une a los otros dos: el objeto externo, la representación sensible que la mente tiene de él y la intención o acto de enfocar la mente. Además, cuando se elimina el objeto externo, tenemos una segunda Trinidad, muy superior porque está ubicada completamente dentro de la mente y, por lo tanto, de una sola y misma sustancia.

Ésta es la impresión de la memoria, la imagen de la memoria interna y la intención o disposición de la voluntad. Sin embargo, para la imagen real de la divinidad trina, debemos buscarla en el hombre interior o alma. Y en el hombre interior, en su naturaleza racional o humana, que es la parte más elevada y más divina de él.

Se ha asumido a menudo que la analogía trinitaria principal que Agustín hace en el *De Trinitate*, en relación con la Trinidad, se revela en su análisis de la idea del amor, su punto de partida en el dictamen joánico de que Dios es amor, en el amante, el

objeto amado y el amor que une al Padre, al Hijo y al Espíritu, o que se esfuerza por unirlos. Sin embargo, al exponer esta analogía, él mismo considera que sólo ofrece un paso inicial hacia nuestra comprensión de la Trinidad, en el mejor de los casos un vistazo momentáneo de ella. Su discusión sobre ella es bastante breve y no constituye más que una transición a lo que él considera su analogía más importante, basada en el hombre interior.

Es decir, la actividad de la mente en cuanto dirigida hacia sí misma, o mejor aún, hacia Dios. Esta analogía lo fascinó toda su vida, de modo que en una obra tan temprana como *Las Confesiones*, lo encontramos reflexionando sobre la tríada de ser, conocer y querer. En el *De Trinitate*, la desarrolla extensamente en tres etapas sucesivas, siendo las trinidades resultantes a. la mente, su conocimiento de sí misma y amor de sí misma, b. la memoria, o más propiamente, el conocimiento latente de la mente de sí misma, la comprensión, es decir, su aprehensión de sí misma a la luz de la razón eterna y la voluntad o amor de sí misma por los cuales se pone en movimiento este proceso de autoconocimiento, y c. la mente como recordando, conociendo y amando a Dios mismo.

Cada una de ellas, en diferentes grados, revela tres elementos reales que, según la personalidad metafísica de Agustín, están coordinados y, por tanto, son iguales y, al mismo tiempo, esencialmente uno. Cada una de ellas arroja luz sobre las relaciones mutuas de las personas divinas. Sin embargo, es la última de las tres analogías la que Agustín considera más satisfactoria.

Los tres factores que se revelan en el segundo no son tres vidas sino una sola vida, no son tres mentes sino una sola mente y, en consecuencia, no son tres sustancias sino una sola sustancia. Pero Agustín razona que sólo cuando la mente se ha concentrado con todas sus fuerzas en recordar, comprender y amar a su Creador, la imagen que tiene de él, corrompida como está por el pecado, puede ser restaurada por completo. Aunque se detiene extensamente en estas analogías y extrae su significado ilustrativo, Agustín no se hace ilusiones acerca de sus inmensas limitaciones.

En primer lugar, la imagen de Dios en la mente del hombre es, en todo caso, remota e imperfecta; es una semejanza, sí, pero una imagen muy lejana. La imagen es una cosa en el sol, otra en el espejo. En segundo lugar, si bien la naturaleza racional del hombre exhibe las trinidades mencionadas anteriormente, éstas no son en modo alguno idénticas a su ser en la forma en que la trinidad divina constituye la esencia de la Deidad.

¡Ufff! Si esto te parece confuso, bienvenido a la raza humana. Bienvenido a la categoría de los no genios. ¡Vaya! Representan facultades o atributos que posee el ser humano, mientras que la naturaleza divina es perfectamente simple.

En tercer lugar, como corolario de esto, mientras que la memoria, el entendimiento y la voluntad son su mayor reflejo trinitario en la mente humana, mientras que la memoria, el entendimiento y la voluntad operan por separado, las tres personas son mutuamente co-herederas, y sus acciones son una e indivisible. Por último, mientras que en la Deidad los tres miembros de la trinidad son personas, no lo son en la mente del hombre.

La imagen de la trinidad es una persona, pero la trinidad suprema en sí misma es tres personas, lo cual es una paradoja cuando uno reflexiona que, no obstante, los tres son más inseparablemente uno que la trinidad en la mente. Esta discrepancia entre la imagen y la trinidad misma simplemente nos recuerda el hecho de que el apóstol nos ha dicho que aquí en la tierra, nosotros, citando, vemos en un espejo oscuro. Después, y sólo después, veremos cara a cara.

¡Guau! El trabajo de Agustín sobre esas analogías es muy respetado y estudiado en diferentes campos además de la teología por su perspicacia y creatividad. Pero al final, parece que ninguna analogía funciona realmente bien. Él lo admite.

Él mismo lo reconoce, pero ese fue su mayor logro: el Concilio de Constantinopla redactó el famoso Credo Niceno -Constantinopolitano, a menudo llamado Credo Niceno.

El Credo Niceno de 325 fue pulido y terminado en Constantinopla en 381. El Credo Niceno -Constantinopolitano resume gran parte del progreso del padre en la comprensión de la Trinidad. Aquí está el credo.

Estoy citando una traducción que aparece en el maravilloso libro de Robert Lethem sobre la Santísima Trinidad. Y él a su vez le da crédito a RPC Hanson en *The Search for the Christian Doctrine of God, the Arian Controversy, 318-381*, escrito en 1988. Aquí está el Credo de Nicea, actualizado, terminado, a la luz del concilio de los padres en Constantinopla.

Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible e invisible, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, unigénito, engendrado del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo, de los cielos, y se encarnó por obra del Espíritu Santo en María la Virgen, y se hizo hombre, y por nosotros fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y padeció, y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras, y subió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre, y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de

vida, que procede del Padre, que recibe una misma adoración y gloria en el Padre y en el Hijo, que habló por los profetas; y en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica; confesamos un solo bautismo para el perdón de los pecados; esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero.

Amén. Terminamos con algunos comentarios. Dios es un ser que siempre ha existido en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios no puede ser dividido, lo cual es un aspecto de la simplicidad divina. Por lo tanto, cada persona es enteramente Dios, y Dios entero está en cada persona. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de la misma esencia divina.

Son consustanciales. Cuando los padres de la Iglesia utilizan el lenguaje del origen, el Padre engendra al Hijo, que es el Unigénito. El Espíritu procede o es enviado del Padre y del Hijo.

No enseñan que las personas de una trinidad sean seres creados. Más bien, este lenguaje se refiere a las relaciones eternas entre las personas. Dios siempre ha sido el Padre.

El Hijo siempre ha sido Hijo del Padre. El Espíritu siempre ha procedido del Padre y del Hijo. Las relaciones entre las personas son eternas.

Dios siempre ha sido Padre, Hijo y Espíritu Santo. No hay otro Dios. Es significativo que el Credo aclare la enseñanza de la Iglesia sobre el Espíritu Santo.

Enseña la personalidad del Espíritu cuando dice que habló por los profetas. Sólo una persona, no una fuerza impersonal, podía hablar, y eso es lo que ha hecho el Espíritu. El Credo también enseña la deidad del Espíritu Santo.

En primer lugar, lo llama con el nombre divino, Señor. En segundo lugar, cuando dice que el Espíritu Santo es adorado y glorificado junto con el Padre y el Hijo, le rinde el culto que sólo a Dios corresponde. En tercer lugar, atribuye al Espíritu las obras divinas de la creación y la redención.

Cuando dice que él es el dador de vida, el que da vida física a la creación y vida espiritual en la redención, cerramos nuestro estudio teológico histórico de la Trinidad nuevamente con San Agustín, el teólogo más importante de la iglesia primitiva, quien dio forma al desarrollo del cristianismo occidental. Es mejor conocido por Confesiones, La ciudad de Dios y Sobre la Trinidad.

En el último de estos versículos, distingue entre uso y disfrute. Debemos usar o utilizar las cosas que Dios nos da como medios para glorificarlo. Pero el disfrute pertenece solo a Dios.

No debemos usarlo como un medio para otro fin, porque él es el fin más alto. En cambio, debemos disfrutarlo y encontrar satisfacción en él al amarlo y servirlo, incluso en nuestro uso de otras cosas buenas. La cita de Agustín de Sobre la doctrina cristiana, De Doctrina, que es un, él era un maestro de retórica antes de convertirse, y se arrepintió de eso.

Dijo que les dio herramientas a los abogados inmorales para engañar a la gente. Pero en Sobre la doctrina cristiana resume la creencia de la Iglesia católica con C minúscula, la Iglesia universal antes del año 400 d.C., y no sólo eso, habla de hermenéutica de manera muy útil, y luego también da un apartado sobre homilética, utilizando su gran experiencia como profesor de retórica. Es una pequeña obra fascinante.

He aquí una cita de Sobre la doctrina cristiana. Los verdaderos objetos del goce son, pues, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son al mismo tiempo la Trinidad, un solo ser supremo sobre todo y común a todos los que lo disfrutan. La Trinidad, un solo Dios, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas.

Así, pues, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y cada uno de ellos por sí mismo es Dios, y al mismo tiempo, todos son un solo Dios, y cada uno de ellos por sí mismo es una sustancia completa, y sin embargo, todos son una sola sustancia. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo. El Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo, sino que el Padre es sólo el Padre. El Hijo es sólo el Hijo y el Espíritu Santo es sólo el Espíritu Santo. A los tres pertenece la misma eternidad, la misma inmutabilidad, la misma majestad, el mismo poder, al que sólo podemos decir: Amén.

Es bueno tener algunos genios de nuestro lado, ¿no? En 1 Corintios 1, Pablo dice: miren a su alrededor en la iglesia, no hay mucha gente rica, no hay mucha gente realmente inteligente. Dios eligió a los elementos pobres de este mundo para glorificarse a sí mismo, para que nosotros sólo nos gloriemos en el Señor, no en la fuerza humana, ni en la riqueza, ni en la sabiduría, como cita a Jeremías al respecto. La Biblia enseña que el Dios vivo y verdadero es trino.

A medida que exploremos lo que esto significa, analizaremos siete afirmaciones. En primer lugar, hay un solo Dios. En segundo lugar, el Padre es Dios.

En tercer lugar, el Hijo es Dios. En cuarto lugar, el Espíritu es Dios. En quinto lugar, el Padre, el Hijo y el Espíritu son inseparables, pero distintos.

Seis, el Padre, el Hijo y el Espíritu habitan el uno en el otro. Siete, el Padre, el Hijo y el Espíritu existen en unidad e igualdad. Aunque las Escrituras no nos dan una doctrina completa de la Trinidad, cuando ponemos juntas esas siete afirmaciones, ¡vaya!, nos señalan en esa dirección, por así decirlo.

En primer lugar, hay un solo Dios. Ambos Testamentos confiesan uniformemente el monoteísmo, la creencia de que hay un solo Dios. Deuteronomio 6:4 y 5. Moisés escribió: Este es el mandamiento, Deuteronomio 6:1, los estatutos y las ordenanzas que Jehová vuestro Dios me mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis para tomar posesión de ella, para que temas a Jehová tu Dios, tú, tu hijo, y el hijo de tu hijo, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te ordeno, todos los días de tu vida, y para que tus días sean prolongados.

Escucha, pues, Israel, y ten cuidado de ponerlos por obra, para que te vaya bien y no te excedas en la medida en que te ha prometido el Señor, el Dios de tus padres, en una tierra que mana leche y miel. Deuteronomio 6, 4. Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano.

El judaísmo ortodoxo toma este versículo literalmente: “Y serán como frontales entre tus ojos. Las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas”. El significado, por supuesto, es que las escrituras no solo deben ser confesadas, sino vividas delante de los hijos, los nietos, etc.

De hecho, Deuteronomio 6:4 y 5 es nuestro texto fundacional. Pasajes como este sientan las bases de la doctrina de la Trinidad en el Nuevo Testamento. Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.

Deuteronomio 6, aunque este pasaje se centra en la exclusividad de Dios, implica también su unidad. El Señor se ha enfrentado y ha derrotado a los llamados dioses de Egipto en las plagas y el éxodo. Ahora, por medio de Moisés, llama a los israelitas a reconocer públicamente que él, es decir, Dios, les pertenece.

Anteriormente, Moisés había proclamado la singularidad de Dios en 4:35 de Deuteronomio. A ti se te mostró para que supieras que el Señor es Dios. No hay otro fuera de él, Deuteronomio 4:35.

En medio del politeísmo rampante del antiguo Oriente Próximo, Moisés confiesa poderosamente la unidad de Dios. A pesar de las afirmaciones de los cananeos, que adoran a Baal, los egipcios, que veneran a Amón-Ra, y los babilonios, que son devotos de Marduk, el Dios de Israel es el único Dios. No hay otro.

Israel profesa su fe sólo en el Señor, Deuteronomio 6:4 y 5. Israel no sólo debe profesar el monoteísmo, sino creerlo y practicarlo verdaderamente. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas". Versículo 5. El pueblo de Dios debe amarlo con todo lo que es y todo lo que tiene, y debe atesorar las palabras de Dios e impartirlas a sus hijos en la vida diaria, versículos 6 y 7. Santiago 2:14 al 26. Lutero tenía dificultades con Santiago, y en sus conversaciones de sobremesa, que nos han llegado de forma no del todo fiable, él y Katie tenían que llevar a los estudiantes a su casa para que ayudaran a pagar las cuentas, y ellos se reunían alrededor de la mesa, y él se jactaba ante ellos.

Él se jactaba y contaba historias y cosas así, y ellos tomaron sus palabras como perlas de sabiduría, y había algunas perlas allí, pero cuando dijo que a veces sentía ganas de arrojar a Jimmy al fuego, eso no estaba entre las perlas de sabiduría. En verdad, él nunca sacó a Santiago del canon, pero sí lo colocó hacia el final del Nuevo Testamento porque hablaba poco de Cristo, y ese era su principio teológico general, especialmente la justificación por la fe, que era un principio teológico, un principio ético, un principio hermenéutico, incluso un principio canónico. A Santiago no lo sacaron, pero lo pusieron hacia el final.

Calvino, que consideraba a Lutero como el apóstol de la Reforma, está bien, y casi nunca hablaba en contra de él en su comentario sobre Santiago 2, dice Calvino, mientras que algunos tienen dificultad con este pasaje, no nombrando a Lutero, él dice, yo no. Si prestamos atención al uso del lenguaje, entonces no es difícil encontrar falta de armonía. Calvino tiene toda la razón.

De hecho, Pablo a veces usa las palabras de manera similar, pero no siempre es así. Así, mientras que en Pablo la fe suele significar una confianza sincera en Jesús como Señor y Salvador, en Santiago 2:14 al 26, pistis o fe significa una profesión de fe. Si un hombre dice que tiene fe y no tiene palabras, ¿puede esa fe salvarlo? No, no.

Los demonios, ellos confiesan la unidad de Dios, los demonios dicen el shema , cuyo comienzo viene de Deuteronomio 6:4 y 5, 6, 4. Eso no es fe verdadera; eso es una profesión. Y mientras que a veces en Pablo, especialmente viendo la justificación desde el comienzo de la relación de uno con Dios, las obras son trapos de inmundicia

que se presentan ante Dios para que Él nos acepte. No sólo en Pablo, él enseña que también las obras a veces.

De hecho, en Efesios 2:10, después de 8 y 9, que enfatiza la fe sola y la gracia sola, y todo, y en Tito, que dice lo mismo, gracia sola, fe sola, obras, obras, obras son importantes como evidencia de la fe verdadera. En Santiago 2, las obras son hechos que validan que la profesión de fe es genuina. Esta es una buena frase: muéstrame tu fe sin obras y te mostraré la validez de mi profesión de fe.

Yo te mostraré mi fe por mis obras. Así como Abraham, y escandalosamente para los judíos, Rahab son ejemplos de personas que no sólo profesan creer en Yahvé, Rahab, sí, sino que viven demostrando su vida, validando su profesión. Incluso justificar se usa de forma diferente en Santiago.

Es más acorde con el uso del Antiguo Testamento, lo cual tiene sentido para mí, que soy un escritor y una epístola judía cristiana primitiva. Mientras que para Pablo, justificar generalmente considera el comienzo de la salvación, Santiago la considera al final, y Dios avala, vindica, justifica a su pueblo que ha sido salvado por gracia mediante la fe, pero que lo ha demostrado con sus obras que lo validan. En cualquier caso, Santiago escribe a los cristianos judíos que comprenden que la unidad de Dios es un principio básico del judaísmo.

El libro de Santiago subraya que Dios es uno, pero también señala que confesar simplemente esta verdad vital no es suficiente. Es necesario, es una condición necesaria pero no suficiente. Santiago señala que incluso los demonios saben que hay un solo Dios, y ciertamente no confían en Jesús para la salvación.

Sin embargo, ese pasaje en su contexto es una confesión del Nuevo Testamento en armonía con el Antiguo Testamento de que Dios es uno. Al hacer nuestro reconocimiento de la teología histórica, vimos que en la iglesia siempre el punto de partida fue la unidad de Dios. El triteísmo no era una opción.

Era imposible. La dificultad era conciliar la adoración a Jesús e incluso al Espíritu con la confesión de la unidad de Dios. No era así; la iglesia no se sentía tentada a decir, bueno, debe haber tres dioses o dos o tres dioses.

No, imposible. Un pasaje más antes de hacer una pausa. En 1 Timoteo 2:5 y 6, Pablo afirma que hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y la humanidad, Jesucristo hombre, quien se dio a sí mismo en rescate por todos.

1 Timoteo 2, 5 y 6. Pablo declara la unidad de Dios en sintonía con las enseñanzas del Antiguo Testamento (Deuteronomio 4:35, Deuteronomio 6:4, como vimos). Luego añade algo más, presentando a Jesús como el único mediador entre Dios y el pueblo.

El Dios vivo y verdadero se da a conocer en su Hijo, que rescata a todos los creyentes. Se entregó a sí mismo en rescate por todos. Al tiempo que afirma la unidad de Dios, la iglesia sostiene que hay tres personas en la Deidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Contra el modalismo, la Iglesia enseña que no se trata de tres manifestaciones de su ser, sino que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios simultáneamente, no sucesivamente. ¿Podemos hablar de tres modos? Sí, pero los tres modos constituyen a Dios. No se limitan a manifestar a Dios.

Recuerdo haber leído una declaración doctrinal de la iglesia en su sitio web que dice que Dios existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo que revelan a Dios. No creo que fueran modalistas , pero esa es una declaración modalista .

Podría ser. Deberían haber dicho quiénes son Dios y quiénes revelan a Dios, algo así. Así que hemos tratado la primera de nuestras siete afirmaciones para construir una doctrina de la eternidad a partir de las Escrituras.

Hay un solo Dios. La próxima vez veremos que, en efecto, el Padre es Dios, el Hijo y el Espíritu.

Este es el Dr. Robert A. Peterson y su enseñanza sobre la Teología propiamente dicha o Dios. Esta es la sesión 5, Trinidad, Agustín y el Concilio de Constantinopla. Hay un solo Dios.